

Publicación del Colegio de Ingenieros del Perú

Año IX, número 32
Marzo, 2014

PUE TE

Ingeniería. Sociedad. Cultura



REVISTA "PUENTE"
PUBLICACIÓN DEL COLEGIO DE INGENIEROS DEL PERÚ

AÑO IX Nº 32 MARZO 2014

LA INUNDACIÓN DE LAMBAYEQUE DE 1791 NARRADA EN OCTAVAS REALES

ARTURO ROCHA FELICES

Miembro de Número de la
Academia Peruana de Ingeniería

CONTENIDO

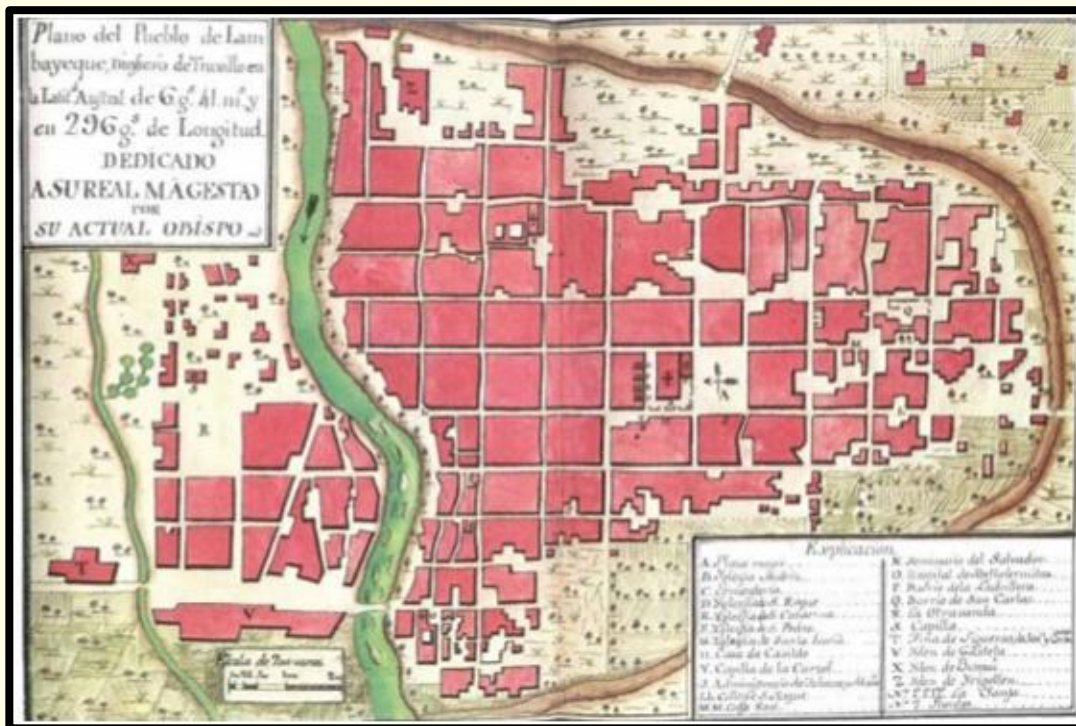
- Antecedentes
 - La inundación
 - Las octavas
 - Conclusiones
- Referencias

Antecedentes

En los últimos cinco siglos la señorial ciudad de Lambayeque ha sufrido numerosas inundaciones. En los años muy húmedos, correspondiesen o no a lo que internacionalmente se conoce como Fenómeno El Niño (FEN), llegaban hasta la ciudad y su campiña las aguas provenientes de los desbordes del río Chancay-Lambayeque, del río La Leche y del prehispánico canal Taymi. Además, caían directamente sobre ellas las aguas de lluvia. En 1868, Raimondi comentó que: “La población de Lambayeque tiene en el río que la baña su ruina y su sentencia de muerte”. Efectivamente, el río Chancay rodea la ciudad. Esta situación se alivió definitivamente con el Meganiño de 1925 al abrirse aguas arriba, por la margen izquierda, el cauce de lo que se conoce como río Reque.

Una de sus más notables inundaciones fue la de 1791, cuyas características nos interesa conocer, pues el pasado siempre debe estar presente para planificar la ocupación territorial, desarrollar proyectos de ingeniería y emprender cualquier actividad humana. Para todo ello se necesita información, puesto que solo podemos planificar el uso de lo que conocemos. La información nos permite ampliar nuestros conocimientos; no es un fin en sí, sino un instrumento para la acción, de acá que su posesión se convierta en fuente de poder.

Para los proyectos hidráulicos es fundamental conocer el clima del pasado. Diseñamos en el presente, con datos del pasado, para que la obra funcione en el futuro. Uno de los problemas más serios que se enfrenta en nuestro país para el planeamiento de los proyectos hidráulicos es la escasez de mediciones hidrometeorológicas confiables. De acá que a falta de ellas haya que recurrir a la Climatología Histórica, que es una especialidad paleoclimática que consiste en la obtención e interpretación de información, no necesariamente instrumental, del clima del pasado a partir de fuentes documentales históricas. En este trabajo se muestra que a partir de un poema se puede obtener información útil sobre la inundación que sufrió San Pedro de Lambayeque en 1791.



Plano de Lambayeque en la obra “Trujillo del Perú” del Obispo Martínez de Compañón, 1779.

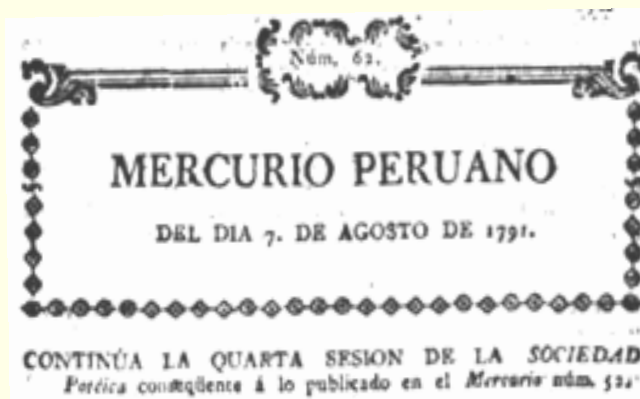
La inundación

Cuando ocurrió el Meganiño de 1791, de gran impacto mundial y el tercero del siglo XVIII en la costa norte, gobernaba el Perú el virrey don Francisco Gil de Taboada y Lemos. Justamente ese año empezó a publicarse el *Mercurio Peruano*, con el propósito de hacer más conocido el Perú. Prueba de ello es que ese mismo año el *Mercurio* se refirió a la “espantosa inundación acaecida en los contornos del Pueblo de Lambayeque”, como consecuencia de la cual se produjo “la desolación de Casas, Haciendas, Tinas, Obrajes y Puentes y de que se padeciesen indecibles necesidades y peligros.” Señaló también que este lamentable suceso no era enteramente nuevo y que el virrey había expedido “las más sabias y acertadas providencias ... para el reparo de los daños y destrozos causados por la misma inundación.”

En 1791, tal como ha sucedido en otras oportunidades, los habitantes de Lambayeque tuvieron que recurrir a balsas para comunicarse con las poblaciones vecinas y recibir ayuda, lo que da una idea de la magnitud de la inundación y de los fuertes daños producidos en la ciudad y en su área agrícola, muy mal ubicadas con respecto al río. En otro trabajo el autor se ocupa de *El Meganiño de 1791 en el Perú y el mundo*.

Las Octavas

En esa época era frecuente informar poéticamente sobre fenómenos naturales que daban lugar a desastres. Raúl Porras comenta que eso era propio de la “historia colonial”. Así, Pedro de Peralta escribió el poema titulado *Apolo fúnebre sobre el terremoto que destruyó a Lima en 1687*. Otra prueba de ello es el poema *Octavas sobre la Ruina de Lambayeque*, escrito por uno de los miembros de la Academia Poética y aparecido en el *Mercurio Peruano* en su edición Nº 62 del 7 de agosto de 1791. El poema consta de cincuenta estrofas en octavas reales¹.



El poema narra la historia del próspero pastor lambayecano Amanto, quien da cuenta a su amigo Lesbio Zagal, en las riberas del Rímac, de los trágicos acontecimientos originados por las excepcionales lluvias ocurridas. Narra la infausta muerte de su esposa Erbenise y de su hijo, y las circunstancias y detalles de la inundación de Lambayeque de marzo de 1791, diciendo: “*Canto el diluvio que aumentó mi llanto*” y presenta en la cuarta estrofa una pequeña descripción de la ciudad y de su valle:

*Lambayeque lugar acomodado
Que la Provincia de Truxillo tiene,
Es un Pueblo industrioso y aplicado
Que á sus vecinos con honor mantiene.
Su hermoso suelo está bien cultivado,
Pues caudaloso Río le previene
Copia de agua, que no se inutiliza
Con la que sus haciendas fertiliza.*

En efecto, en 1791 Lambayeque pertenecía a la Intendencia de Trujillo y desde la destrucción de Zaña por los Meganiños de 1720 y 1728 había adquirido auge e importancia regional. Se dedicaba a la agricultura bajo riego con las aguas del río Chancay-Lambayeque, al que el poeta califica de caudaloso, del mismo modo que Diego de Hojeda lo hizo con el Rímac. En ambos casos el término caudaloso

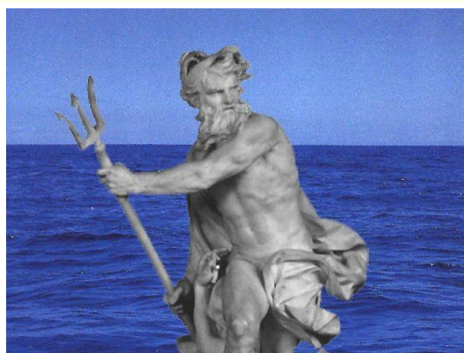
¹ La estrofa real, de origen italiano, está formada por ocho versos endecasílabos (once sílabas). Los seis primeros versos riman en alternancia y los dos últimos forman un pareado. El esquema es: AB AB AB CC.

tiene que entenderse como un contraste con el árido medio circundante.

El poeta usa la expresión copia para referirse a la “abundancia de algo”, en este caso, de agua. En realidad el Chancay es un río de caudales muy variables cuyo mayor aprovechamiento se logró en el siglo XX con la regulación de sus aguas en el reservorio de Tinajones y el trasvase de recursos transandinos de los ríos Chotano y Conchano. El río Chancay-Lambayeque era y es la única fuente de agua de la ciudad y de sus campos agrícolas, ubicados en una zona que es un desierto absoluto.

Se señala la fecha en la que empezaron las lluvias y se insinúa algunas ideas sobre sus causas y origen:

*A primero de marzo... (¡Fatal día!)
Cuando Neptuno, que en el Mar impera
Su tridente empuñó con valentía,
Y removiéndolo el Golfo en furia brava
Las aguas hierven y el fragor se traba.*



Las lluvias fuertes y continuas empezaron el uno de marzo de aquel año. El poeta se refiere a Neptuno, el dios romano de las aguas, el Poseidón de los griegos, el dios de los mares, que portaba como símbolo de su poder un tridente. Parece que con la expresión Golfo se refiere a toda la extensión del mar. ¿Es qué la referencia al dios del mar alude al origen del fenómeno ocurrido, que ahora sabemos que está en el océano? ¿Por qué dice que “hierven” las aguas? ¿Es que se refiere al calentamiento del mar? No están ausentes las menciones a algunos aspectos meteorológicos:

*“Jamás la hirsuta temerosa frente
Mostró más cruel Neptuno; y proceloso
Concitando a los vientos igualmente,
Por que fuese el estrago más furioso
Se impregnaron las nubes de repente,
Y el cielo apareció muy tenebroso,
De manera, que el agua, Cielo, y vientos
Vaticinan fatídicos tormentos.”*

Neptuno aparece nuevamente, esta vez hirsuto (es decir, áspero), cruel y proceloso (tempestuoso), concitando (congregando) a los vientos para causar un mayor efecto. Efectivamente, en esa época, y desde mucho antes, se sabía que las grandes lluvias de la costa norte coincidían con el incremento del viento norte. Hubo, pues, una suma de los efectos de la lluvia y del viento. El cielo aparece tenebroso (oscuro) lo que indica que las nubes estaban muy cargadas.

Se describe nuevamente el aspecto del cielo antes de las fuertes lluvias:

*“Cubriéndose la atmósfera de horrores,
Y de negros capuces la luz pura,
Ocultando del cielo resplandores,
La horrible densidad de nube oscura.
Comenzaron los sustos y temores,
Anunciándose cruel la desventura
Que había de sufrir mi Patria amada,
Peciendo en las aguas anegada.”*

Para referirse al ennegrecimiento del cielo, asociado a las lluvias, se dice que la atmósfera se cubrió de capuces, que eran las vestiduras que usaban las personas que estaban de luto. Anuncia ya el desastre: es contundente y confirmado su testimonio de que Lambayeque pereció *“en las aguas anegada”*.

A falta de pluviómetros se describe elocuentemente la magnitud de las lluvias y el resultado de ellas:

*“Rompió las cataratas impaciente
El Cielo por estar de aguas cargado,
Y empezó a desatarse crudamente,
Un aguacero espeso y continuado.
Crece en los Ríos rápida corriente;
El Globo permanece anubarrado,
Y la tierra se asusta y se confunde,
Temiendo otro diluvio que la inunde.”*

Era común la metáfora de aludir a las cataratas del cielo para referirse a las lluvias copiosas y persistentes: *“un aguacero espeso y continuado”*. Y se añade acertadamente que como consecuencia de la lluvia aumenta la escorrentía superficial, es decir, la descarga de los ríos. Como el río Chancay tiene un álveo pequeño se produjo una vez más su desborde y la inundación correspondiente. Para dar una idea

de la gravedad de lo que ocurre se señala que se teme otro diluvio. Es probable que se refiera a los varios diluvios anteriores.

Las lluvias, las descargas fluviales y las inundaciones fueron considerables:

*“Es el cúmulo de aguas infinito
De condensadas nubes desprendidas,
Y aumentan los temores y el conflicto
Las creces de turbiones y avenidas.
No queda sin aniego algún distrito,
Por todas partes hay aguas llovidas
Mas la Tierra se vuelve, pues que fragua
El Cielo convertirla toda en agua.”*

Acá se habla de los turbiones y avenidas. Turbión, hoy en desuso entre nosotros, significaba “Golpe grande de agua, que cae muy recio, llevándose tras si la tierra, o arena, con lo que queda turbia el agua, de lo cual tomó el nombre.” (DRAE, año 1737); es decir, se informa sobre la presencia de sólidos (sedimentos). La inundación es general: toda la tierra está convertida en agua.

Un asunto importante es el de la duración de las lluvias:

*Tres días con sus noches se contaban,
y las lluvias aún no se contenían,
Sin que diesen resquicio de bonanza
Ni el Cielo ni la tierra á la esperanza*

Tres días y tres noches, lo que coincide con otras fuentes documentales. Indudablemente que se refiere a tres días de lluvia continua; sin embargo, el periodo lluvioso debió haber sido mayor.

Las numerosas inundaciones que ha sufrido Lambayeque han causado muerte y daños. Más de una vez la población ha tenido que refugiarse en pequeños cerros y dunas y trasladarse en balsas traídas de la caleta de San José. Pero, esta vez ni en lo alto de un collado (cerro pequeño) se siente la seguridad buscada:

*Y huyendo de las aguas á un collado,
Aun allí no se juzga asegurado.*

La inundación cubrió una gran área:

*No hay sitio, ni lugar que libre quede:
Todo lo cerca el agua, y todo aniega.
Ni camino, ni senda andar se puede,
Pues su torrente todo auxilio niega.*

Los daños fueron diversos y cuantiosos:

*No queda Posesión, Casa, ni Templo,
Que no se sienta endeble o arruinado,*

...

*Los Ríos, las Lagunas y las Fuentes
De sus cauces soberbios resalieron,
Y tomando incremento sus corrientes,
Las trincheras y puentes destruyeron.*

...

*Todo estaba deshecho y arruinado,
Y la comarca triste y anegada.*

...

*Se ven casas y Templos destrozados,
Los obrages y haciendas ya sin gentes,
Los caminos y tránsitos cerrados.....*



Los obrages eran talleres artesanales de diversos hilados, como se ve en la litografía adjunta, que aparece en la obra “*Trujillo del Perú*”, del Obispo de Trujillo Baltasar Jaime Martínez de Compañón y Bujanda, de 1779.

La destrucción de los pocos y pequeños puentes que por ese entonces había contribuyó notablemente al aislamiento de los pueblos, como sucede hasta ahora cada vez que se presenta un evento de características similares.

Conclusiones

El poema nos ilustra perfectamente, a falta de mediciones e informes técnicos, acerca de la magnitud de los fenómenos ocurridos en Lambayeque en 1791. Muestra la enorme utilidad de la Climatología Histórica como herramienta poderosa para conocer nuestro pasado climático. Nos demuestra cómo es que la falta del planeamiento adecuado en la ubicación de ciudades puede causar su ruina. Es preocupante que no hayamos aprendido la lección: basta con ver lo que ocurre en pleno siglo XXI en muchos lugares del Perú.

Referencias

1. ANÓNIMO. **Octavas sobre la Ruina de Lambayeque**. Mercurio Peruano. Número 62, 7 de agosto 1791, Lima.
2. CARCELÉN RELUZ Carlos Guillermo. **La visión ilustrada de los desastres naturales en Lima durante el siglo XVIII**. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Perú.
3. HUERTAS Lorenzo. **Diluvios Andinos a través de las Fuentes Documentales**. Pontificia Universidad Católica del Perú. 2001.
4. MARTÍNEZ DE COMPAÑON Baltasar Jaime. **Trujillo del Perú**. Ediciones Cultura Hispánica.
5. ROCHA FELICES Arturo. **El Meganiño de 1791 en el Perú y el Mundo**. (En preparación).
6. ROCHA FELICES Arturo. **Las lluvias de 1925 en el departamento de Lambayeque y sus implicancias para el Proyecto Olmos**. Página Web del Instituto para la Mitigación de los Efectos del Fenómeno El Niño (IMEFEN), UNI, 2013.
7. ZETA de POZO Rosa. **El Mercurio Peruano y el Diario de Lima: Dos Fuentes para el Estudio del Fenómeno de “El Niño” en 1791**. ARTIGOS/ARTÍCULOS PCLA-Volume 3- número 3: abril/maio/junho 2002.